
Los movimientos migratorios en el mundo actual

*Raúl Villanueva Lara**

¿Por qué se emigra desde hace siglos?

La aparición de poderosos Estados europeos en el siglo XV inauguró una nueva era en la historia de las migraciones humanas. El descubrimiento de “mundos nuevos” para estos estados, la unión de todos los océanos en una red de transportes única y la lucha intensa entre las potencias de esa época por adquirir hegemonía comercial, tuvieron el efecto de incorporar a la población mundial en un solo sistema migratorio.

Este proceso se ha ido extendiendo con regularidad, geográfica y cuantitativamente, hasta nuestros días. Podemos dividir su historia en tres épocas. En la era del absolutismo y del mercantilismo (siglos XVI-XVIII), la población crecía a un ritmo muy lento y era considerada como un recurso económico y militar escaso; los gobernantes europeos intentaron confinar a los sujetos dentro del propio territorio pero, al mismo tiempo, pretendieron atraer a la valiosa población de otros Estados o de los que ellos consideraban el mundo exterior.

Había poco movimiento de trabajadores entre los países europeos, pero su expansión al continente americano produjo dos grandes migraciones transoceánicas: el establecimiento de dos o tres millones de europeos en las colonias americanas, cuya mayoría era mano de obra contratada, y el traslado de cerca de 7.5 millones de esclavos de África Occidental, inicialmente, para trabajar en las plantaciones de las islas cercanas a Europa y, más tarde, en las de América.

Para entonces, África ya era la principal fuente de esclavos para el mundo islámico y continuó desempeñando este papel hasta principios del siglo XX. Asimismo, algunos europeos, procedentes de las clases medias, emigraban por su cuenta, atraídas por el Nuevo Mundo.

La segunda época comenzó con las revoluciones industriales, democráticas y demográficas de finales del siglo XVIII. En América existían entonces algunos países independientes o colonias con gobierno propio, controladas por personas de ascendencia europea y que estaban interesadas en atraer colonos y trabajadores para sus territorios aún despoblados. El desarrollo incipiente de

* Cónsul del Servicio Exterior Mexicano. Jefe de la Sección Consular de la Embajada de México en Bonn, República Federal de Alemania.

las colonias animó a los gobernantes europeos a eliminar las prohibiciones tradicionales que controlaban la *emigración*, fenómeno que empezó a ser considerado como un medio para aligerar las cargas sociales. Con el tiempo, “la libertad de irse” fue reconocida como un derecho.

El número de emigrantes europeos con destino a América pasó de 120 mil en la primera década del siglo XIX, a cerca de 8.5 millones en la última, con un total aproximado de 29 millones.

Con la generalización en el uso de los ferrocarriles y los buques a vapor, que acortaron progresivamente la duración y el costo de los desplazamientos, muchas personas procedentes de los países europeos menos desarrollados se convirtieron en trabajadores temporales en otras regiones del mundo, aunque pocos de ellos se establecieron como residentes permanentes.

En la tercera época disminuyó la expansión demográfica de los países más avanzados, mientras se incrementaba la de los demás Estados menos desarrollados. Por una parte, el automóvil y el aeroplano facilitaron todavía más los movimientos de personas y, por otra, la difusión de la prensa escrita y, más tarde, la de los medios de comunicación electrónicos, puso al alcance de todos información al día acerca de la situación mundial.

De esta manera, los sectores sociales de clases baja y media estaban cada vez más dispuestos y mejor capacitados para desplazarse a otros lugares en busca de una vida mejor.

Sin embargo, en los países de destino este proceso se vio como un intento de “invasión” por parte de una multitud de extranjeros pobres, muchos de los cuales pertenecían a grupos sociales que las ideologías entonces vigentes definían como “indeseables”.

A principios del siglo XX, los países del continente americano que estaban gobernados por los descendientes de europeos, adoptaron medidas tajantes para impedir la entrada de judíos procedentes de la Europa del Este. La guerra mundial y la revolución rusa obligaron a un mayor reforzamiento de controles y restricciones para preservar su seguridad nacional.

En los años 20, los Estados europeos y americanos erigieron muros sólidos, dejando una pequeña puerta bien custodiada por la que podrían entrar trabajadores temporales extranjeros y, en el caso de los americanos, los miembros de las familias de inmigrantes ya establecidos, así como un pequeño número de nuevos colonos.

Una característica adicional de este régimen fue la implantación por los Estados autoritarios del siglo XX de barreras insalvables para los que querían salir, con el argumento de no perjudicar su política económica. Por consiguiente, durante muchas décadas se impidió a una parte importante de la población mundial participar en las corrientes migratorias.

En lo que respecta al siglo XX en general, el número de personas que se han trasladado a otro país huyendo de las persecuciones, de la violencia nacional o de las guerras entre países, es muy superior al número de emigrantes movidos fundamentalmente por la necesidad y las oportunidades económicas.

Después de la segunda guerra mundial, la mayoría de los países industrializados permitió la entrada de trabajadores temporales extranjeros como una solución parcial a los problemas casi eternos: impulsar el crecimiento, reduciendo al mismo tiempo la presión inflacionaria ejercida por los salarios y amortiguar las fluctuaciones coyunturales en la tasa del empleo.

En la década de los 70, las presiones continuas de grupos conservadores de la sociedad, así como la crisis del petróleo y las consiguientes dificultades económicas, obligaron a los líderes de los países industriales a emprender una revaluación drástica de la inmigración.

Mientras tanto, sin embargo, los procesos que habían originado la existencia durante muchos siglos de refugiados en Europa, se estaban extendiendo a otras partes del mundo, empezando por la escisión entre India y Pakistán en 1947 y, al año siguiente, la creación del Estado de Israel.

También se produjeron movimientos masivos de población de la China continental hacia Taiwán, de Corea del Norte a Corea del Sur y de Vietnam del Norte al del Sur.

En los años 60, las guerras de liberación nacional en el sur de África, así como las crisis internas entre los nuevos Estados, empezaron a crear movimientos migratorios a gran escala y en la década siguiente, el número de desplazados, necesitados de ayuda en todo el mundo, creció desde una cifra anual de 5 a 15 millones.

Recientemente, la repentina e imprevista liberación política de los países del Pacto de Varsovia, obligó a la eliminación de casi todas las barreras a la emigración. Esto ha creado una situación sin precedentes en la que las corrientes migratorias mundiales están reguladas exclusivamente por las políticas de *inmigración* de los países anfitriones.

Es difícil predecir si la situación actual constituye simplemente otro episodio en la turbulenta historia de la tercera época, o es el inicio de una nueva, más complicada, en la que el problema de los movimientos internacionales de población constituirá uno de los puntos principales de fricción entre ricos y pobres.

La migración de la mujer

La participación de las mujeres en las migraciones es un tema poco tratado por las investigaciones y a menudo relegado a segundo plano por las

preocupaciones políticas. No obstante, el demógrafo Ravenstein, pionero de la observación sistemática de las migraciones, ya había fijado la atención sobre ellas en sus famosas *Leyes* (1885 y 1889). Según el autor, las mujeres, tratándose de distancias cortas, participan más en los movimientos migratorios que los hombres, como es el caso de migraciones internas en Europa (en Francia, por ejemplo, constituyen la mayoría).

En América Latina predominan en los movimientos del campo hacia la ciudad (Bogotá, Santiago, México, Haití), siendo niñas muy jóvenes y mujeres menores de 20 años. En África, sin embargo, a pesar de algunos casos de migraciones autónomas de mujeres, son los hombres los que más emigran.

En Asia, las diferencias son marcadas y difícil de generalizar. En Corea del Sur y en Filipinas, las mujeres constituyen el mayor grupo; en Tailandia e Indonesia hay tantos hombres como mujeres; mientras que en la India, Japón y Malasia, los hombres son más numerosos.

En los países africanos, el periodo poscolonial se ha caracterizado por el desastre económico, las guerras, el hambre y un extraordinario crecimiento demográfico. Esta situación ha originado movimientos de población de un país a otro, convirtiendo el continente africano en una de las principales reservas de las migraciones en el futuro.

Por lo que se refiere a la población inmigrada en Europa, los hombres son ligeramente mayoritarios. No obstante, en algunos países como Suecia y Suiza, la población de inmigrantes está compuesta desde hace mucho tiempo de un número igual de hombres que de mujeres. En Francia y Alemania Federal, donde la migración ha sido definida muchas veces como un fenómeno masculino, se ha puesto en evidencia que la población inmigrada incluye cada vez más mujeres.

El tema de las causas específicas de la emigración femenina lleva muchas veces a un razonamiento simplista: ya sea que ellas se marchen como "familia" y entonces no hay que profundizar en el asunto, o bien se van por motivos económicos, y en este caso las causas de su salida serían las mismas que para los hombres.

Efectivamente, en la mayoría de los casos, los principales protagonistas de las migraciones familiares son las mujeres. Además, como sucedió en los Estados Unidos de América en los años 20, existen legislaciones que pueden favorecer directamente la migración de las esposas (y no de los esposos). Sin embargo, los Estados intentan generalmente impedir la instalación de los trabajadores y controlar la entrada de sus familiares.

La presencia de las mujeres en las migraciones depende de la situación en la que se encuentren las regiones de origen, de los factores de atracción en las regiones de destino, y de las presiones sociales con respecto a la movilidad

geográfica de las mujeres. En un mismo contexto, dichas presiones económicas y sociales se interpretan de forma diferente para los hombres que para las mujeres.

En las regiones de origen de los países de menor desarrollo, donde los avances tecnológicos en la agricultura han excluido a la mujer de la labor agrícola, la pobreza y la expansión demográfica empujan a las mujeres a dejar el campo. La salida hacia la ciudad es quizá sólo una etapa o posibilidad del itinerario migratorio de las mujeres. Este último puede extenderse más allá de las fronteras nacionales, porque las condiciones que favorecen su absorción (empleo en el sector informal, la prostitución, la industria electrónica, así como la industria textil y de confección y, sobre todo, el servicio doméstico) no sólo existen en los centros urbanos más cercanos, sino también en las grandes metrópolis de los países industrializados.

El hecho de que las mujeres procedan, en las migraciones de mayor distancia, casi en su mayoría de la ciudad y no de entornos rurales, hace suponer que las migraciones internas campo-ciudad preceden a los movimientos internacionales e intercontinentales.

El Tercer Mundo en expansión

Las grandes migraciones internacionales han estado reguladas hasta ahora casi exclusivamente por las exigencias y las leyes del país de acogida: su débil presión demográfica ejerce una fuerte atracción sobre los emigrantes de países vecinos y lejanos, con mayores necesidades en el mercado de trabajo y en el número de habitantes.

La historia de las migraciones contemporáneas ha estado determinada por la voluntad y la capacidad de algunos países para acoger a los inmigrantes, así como por las consiguientes medidas políticas para regular los flujos de entrada. Esto es válido tanto para países como Estados Unidos y Canadá, que han aceptado inmigrantes con residencia fija en su territorio, como para Alemania Federal o Suiza, cuyos inmigrantes ayudan a llenar los vacíos en ciertos rubros del mercado de trabajo.

Desde hace algún tiempo, los desequilibrios demográficos, sociales y económicos entre el Norte y el Sur han llegado casi a sus límites. En nuestros días, los flujos que se dirigen hacia los países tradicionales de inmigración y también hacia los nuevos países de destino, han estado influenciados en creciente proporción por los factores de expulsión, es decir, por la exigencia de las poblaciones de los países de origen. Así, los países de acogida se ven obligados a aceptar los flujos de inmigrantes, aun cuando carezcan de las necesidades laborales específicas o de la voluntad política para hacerlo.

Quizá un ejemplo puede ayudar a comprender hasta dónde han llegado los desequilibrios demográficos y lo que se espera en el futuro. En los años 70, la población de los países más desarrollados se incrementó en 88 millones de personas, mientras que la de los países en vías de desarrollo lo hacía en 663 millones, lo que supone una proporción de 1 a 16. Aproximadamente, se da la misma proporción en la población en edad laboral; en consecuencia, por cada nuevo puesto de trabajo generado en el Norte, deberían crearse 15 ó 16 en el Sur.

Los desequilibrios se acentúan incluso en regiones específicas, como es el caso del área euroafricana con más de mil millones de habitantes. Aquí, el crecimiento de la población de los países de la Comunidad Europea y de la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA), con respecto al de los países africanos, se hallará a fines de la década de 1990 en la proporción de 1 a 35.

Subsisten, por tanto, todas las premisas para que se produzcan flujos migratorios intensos y prolongados que sólo pueden seguir las direcciones Sur-Norte y Este-Oeste. Las pacíficas revoluciones europeas de los años 1989-1990, la crisis del Golfo Pérsico, las grandes agitaciones étnicas y otros acontecimientos recientes son testimonio de las profundas transformaciones políticas mundiales.

Hoy en día, se manifiesta una aparente superioridad de los sistemas democráticos occidentales, que son los únicos a los que se mira y a cuyas puertas todos llaman. Y son su propio "prestigio" y su posición privilegiada en el mundo, las que los obligan moral y políticamente a mantener una relativa postura de puertas abiertas.

Las migraciones, aunque necesarias y en cierta medida imparables, podrán desempeñar únicamente un papel marginal para aliviar la presión demográfica de los países de origen. Por un lado, las actuales regiones de destino son siempre las mismas: América del Norte, Australia y Europa Occidental, cada vez menos receptivas; por otro, siguen creciendo las ya numerosas regiones del mundo que necesitan aliviar sus altos excedentes demográficos.

En el siglo XIX y principios del XX, cuando una sola región del mundo, Europa, tenía sólo modestos excedentes demográficos, contaba con tres regiones de destino para sus emigrantes: América del Norte, América Latina y Australia, extensas y muy receptivas, con posibilidades internas para consentir grandes flujos migratorios.

Por el contrario, en las décadas de 1980 y 1990, la situación ha cambiado evidentemente. Se requieren políticas migratorias más consistentes con la realidad demográfica internacional y estructuras sociales que permitan un desarrollo adecuado de las oportunidades de trabajo en los países del Sur.

África, un continente de refugiados

Desde siempre, las migraciones han arrancado al hombre de su territorio. Hoy en día, el fenómeno alcanza unas dimensiones sin precedentes en la historia del continente africano. Desde Angola a Mozambique, de Sudán a Somalia, el desarraigo de millones de individuos que huyen del hambre y de la miseria provoca graves trastornos sociales y políticos, cuyas consecuencias siguen enconando los conflictos regionales.

Si bien es verdad que las migraciones se han convertido en un dato inevitable de las relaciones interafricanas, sus múltiples y trágicas repercusiones sobre las poblaciones desplazadas y sobre los países receptores no son en absoluto evidentes.

África acoge a casi seis millones de refugiados. Si se añaden las personas desplazadas dentro de las fronteras de cada Estado, la cifra asciende a unos 15 millones. A la cabeza de la lista figuran Etiopía y Mozambique, donde los perpetuos conflictos han originado un importante movimiento de población, estimado en un millón de personas en cada uno de ellos.

Del mismo modo que Malawi abrió sus puertas a 900 mil refugiados procedentes de Mozambique, Sudán acoge ya desde 1974 a medio millón de etíopes, la gran mayoría procedentes de Eritrea (400 mil). Sudán, en cambio, expulsa a varios cientos de miles de refugiados hacia Etiopía, Somalia, Uganda y Zaire. Y larga es la lista de las migraciones paralelas debidas a la contigüidad de las áreas de conflicto: Sudán-Etiopía, Mozambique-África del Sur, Ruanda-Burundi, Mauritania-Senegal.

Las presiones económicas son el origen principal de los flujos migratorios. Un país como África del Sur sigue siendo un polo de atracción económica, al tiempo que Costa de Marfil recibe a cientos de miles de personas como mano de obra procedente de Burkina Faso, Ghana y Benin.

El problema de los refugiados se ha convertido en un reto político de difícil solución. Dispersados a través del continente, a menudo expuestos a las vejaciones de los nacionales y a merced de la situación en los países receptores, los refugiados representan un grupo social universalmente reconocido pero jurídicamente mal definido, están a la vez en todas y en ninguna parte.

La situación en el Mediterráneo

El tradicional acceso al mundo europeo a través del Mediterráneo, principalmente por Italia, España y Francia, parece dificultarse cada vez más para las poblaciones procedentes del Maghreb y del África negra.

A partir de la consolidación del espacio político-económico del Grupo de los Doce, los nuevos países de atracción serán seguramente Grecia y Portugal, como puertas de entrada a la libre circulación de mano de obra en la Comunidad Europea.

De cualquier manera, la geografía y la historia siempre han dictado sus leyes a las grandes corrientes migratorias y seguirán haciéndolo. Por ello, 98 por ciento de la emigración argelina se sigue asentando en Francia, mientras que los marroquíes han logrado liberarse de la herencia colonial francesa para emigrar más al norte de Europa, hasta Bélgica y los Países Bajos; mientras tanto, los tunecinos y recientemente los albaneses se dirigen principalmente a Italia.

En un futuro próximo, las migraciones entre las dos orillas del Mediterráneo no podrán quedar al margen de las nuevas disposiciones de la Comunidad Europea y la desaparición de sus fronteras a partir del primero de enero de 1993. En la fase actual de los Acuerdos entre los Doce, no será fácil armonizar las reglas que rigen la entrada de los pueblos extracomunitarios.

La migración en la Comunidad Europea

Los 12 países de la Comunidad Europea acogen a unos 17 millones de emigrantes, y en toda Europa estos últimos superan los 20 millones. Gran parte de ellos procede de países más pobres, atraídos por el imán del desarrollo económico y el bienestar social, pero condenados a cubrir los empleos que no quieren los nacionales y a satisfacer las necesidades de la economía "subterránea". Pero las cosas están cambiando y Europa se prepara para combatir la inmigración con amplios programas de financiamiento y cooperación con los países pobres.

Sin embargo, la tarea no es fácil; Europa seguirá estando donde está, limitando con los antiguos países socialistas del Este y con el norte de África. Ello representa un ejército de trabajadores dispuestos a laborar en condiciones clandestinas, por más que se endurezcan las sanciones.

En noviembre de 1991, como resultado de una reunión de representantes de los países de la Comunidad Europea y las naciones del Maghreb y el norte de África, se subrayó el deseo de la CE de ejercer mayor presión para frenar el flujo de emigrantes desde esas regiones. Al parecer, ofreció a cambio ayuda financiera gubernamental destinada al desarrollo económico.

Algo deben aportar los inmigrantes de los países más pobres a las naciones que los acogen, porque si no ningún país dudaría en expulsarlos rápidamente o en realizar las conocidas operaciones de reembarque. Tampoco los emigrantes decidirían abandonar su tierra natal, si no encontraran alguna compensación

por el deterioro de la posición socioeconómica que les espera en el país de destino.

El empleo de trabajadores extranjeros significará la reducción del salario de la mano de obra no calificada, a la vez que aumentarán los ingresos de los trabajadores calificados y las rentas de capital. Así, resulta que los nacionales son los más favorecidos por la inmigración, incluso también por la mejora de servicios sociales, que serán financiados en mayor o menor grado por los inmigrantes, sometidos al régimen fiscal del país de acogida.

A pesar de ello, en el centro de Europa se ha extendido ya la idea de que los trabajadores extranjeros saturan los puestos de trabajo, impidiendo a los nacionales el acceso al mundo laboral. Al respecto, cabe indicar que los ciudadanos extracomunitarios representan tan sólo 2.5 por ciento del total de la población de la CE, y de ellos viven tres millones en Alemania, dos millones en Francia y 1.5 en el Reino Unido, como residentes procedentes de naciones ajenas a la Comunidad.

Mientras que Alemania se centra en responder a las necesidades planteadas por los habitantes de la antigua RDA, en Francia los seguidores del ultraderechista Jean Marie Le Pen han ido ganando fuerza con sus proclamas contra la inmigración. El propio expresidente Giscard d'Estaing ha sugerido una especie de "derecho de sangre", al proponer que la nacionalidad francesa se conceda no en razón del lugar de nacimiento, sino atendiendo a la filiación y a la nacionalidad de los antepasados.

En cambio, Italia, Grecia y España se mantienen por el momento ajenas a ello, en parte porque el peso de los extranjeros es menor en el conjunto de las poblaciones y del mercado de trabajo de los países mediterráneos. Pero este panorama también está cambiando, debido a que la situación se vuelve cada vez más conflictiva en esta área.

De hecho, han surgido dos grandes grupos en el seno de la Comunidad Europea: por un lado, las naciones tradicionales de inmigración, como Alemania, Bélgica, Holanda, Francia y el Reino Unido; por otro, los países que históricamente han tenido una fuerte emigración y ahora están conociendo el flujo de la inmigración hacia sus territorios, como es el caso de España, Italia y, en menor medida, Grecia, Portugal e Irlanda.

El fenómeno de la inmigración ha tomado por sorpresa a España, como ha ocurrido en el resto de las naciones comunitarias del Mediterráneo. Países tradicionalmente emigrantes como Italia, Grecia, Portugal y España, se han convertido en poco tiempo en la puerta de Europa para los emigrantes africanos, maghrebíes y latinoamericanos.

Italia y España son, por otra parte, "los países más permeables a los flujos migratorios", según un informe de la Organización para la Cooperación y el

Desarrollo Económicos (OCDE), no tanto por la facilidad que pueden encontrar los emigrantes en razón de la proximidad geográfica de la costa mediterránea con el norte de África, sino por el carácter mismo de la población.

Significado del Euroislam

En agosto de 1961, la República Democrática Alemana (RDA), levanta el muro de Berlín y las alambradas en la frontera para impedir la corriente demográfica hacia el Oeste. En octubre del mismo año, la República Federal de Alemania firma un acuerdo de emigración con Turquía, que permitirá a cientos de turcos trabajar en las fábricas alemanas.

Esta es la lógica que implica la llegada de las poblaciones de origen musulmán, primero a Alemania y luego a Europa Occidental. Durante el auge económico de los “gloriosos años sesenta”, después de haber agotado las reservas de la mano de obra del continente europeo, los países ricos del norte de Europa firmaron acuerdos de mano de obra con el Maghreb, Turquía y con los países del África negra. Se trataba de algo más, puesto que se habría de iniciar una nueva etapa en las relaciones entre el Occidente y el Islam.

Como consecuencia de las migraciones y del crecimiento natural, viven en la Europa de los Doce unos seis millones de personas, procedentes de un país donde la religión musulmana es predominante o que son de ascendencia musulmana.

Decir que se trata de seis millones sería inexacto, si bien es cierto que pertenecieron todos un día a las múltiples variantes de la civilización islámica: árabe, turca, africana, indopakistaní, balcánica, etcétera. Esta Europa Occidental, convertida de manera irreversible en Tierra del Islam, ha sido descubierta por algunos como una riqueza, pero la mayoría padece de angustia e irritación. Este problema sigue siendo motivo de inquietos discursos de políticos y líderes.

Tarde o temprano, a medida que el inmigrante avanza en el ciclo migratorio, se plantea el tema de su incursión en el espacio público, es decir, de su forma de ser y de convertirse en ciudadano en el sentido amplio de la palabra, y no sólo como una medida de naturalización. Es un proceso social largo y complejo, sobre todo en Europa, donde tarda por lo menos tres generaciones en llevarse a cabo, independientemente del modelo de integración de que se trate. Es muy pronto para saber si las poblaciones de inmigrantes que estimulan las referencias al Islam, seguirán el camino de las otras migraciones.

Después de la presencia silenciosa de los primeros inmigrantes, la expresión del Islam Europeo cambia de tono a mediados de los años 70. Las familias se constituyen o se recomponen de forma masiva. La crisis y el cierre de

las fronteras hacen desaparecer cualquier intención de regresar. La demanda religiosa es alentada por el viento del Islam, que sopla también sobre Europa a través de líderes que buscan autoridad, organizaciones internacionales (hermanos musulmanes, Milli Gorus, Tabligh) y muchas otras instancias estatales o paraestatales.

A mediados de los 80, la red de asociaciones islámicas ya estaba bastante extendida y su capacidad de congregación ha demostrado ser mucho mayor que la de las organizaciones y fuerzas sindicales.

Sin duda, el Islam es la fuerza organizadora y movilizadora más potente de las poblaciones musulmanas, por lo que suscita reacciones egoístas por parte de personajes islámicos de todas las corrientes y envidia por parte de las asociaciones laicas en declive.

A menudo se asocia a los musulmanes con periodo de crisis, de paro, de turbulencias internas y externas en Europa. El Islam europeo tendrá que deshacerse de esa imagen falsa para entrar en el orden de los hechos sociales, lo cual resulta más difícil a medida que aparece como un componente de las apuestas urbanas. El Islam europeo es un Islam urbano. Su implantación es el resultado de la evolución urbana en los años 60-70, cuyos efectos se manifiestan ahora.

Emigración de los países del Este a Alemania Federal

Con la apertura de las fronteras del Este, la Europa Occidental se vio afectada de manera creciente por movimientos de población, originados en la Unión Soviética y en los países europeos orientales. Estos movimientos han ido aumentando a causa de las tensiones políticas y de los cambios económicos, por no mencionar los conflictos entre las distintas etnias.

Las desigualdades, prácticamente insuperables en la mayoría de los aspectos sociales, así como la liberalización de los intercambios Este-Oeste, serán los factores que determinarán los cambios futuros.

Todo ello afecta especialmente a la República Federal de Alemania como país de inmigración. Durante estos últimos meses, los problemas relacionados con la inmigración se han convertido en una cuestión política de gran importancia. A partir de ahora, será casi imposible paliar o costear las consecuencias de la inmigración.

Esta situación se debe, entre otras cosas a la inmigración de mano de obra extranjera, de refugiados del Tercer Mundo, de ciudadanos de los países del Este, a la emigración interior de los ciudadanos de la antigua RDA y a la llegada de alemanes étnicos o "Volksdeutsche" de la Unión Soviética y Polonia.

En Europa Oriental, la emigración jugó un doble papel. Por un lado, bajo el antiguo régimen, las élites políticas se servían de la emigración, autorizada bajo ciertas circunstancias, para apaciguar el clima de disidencia política. Durante décadas, los movimientos migratorios y de refugiados fueron tolerados moderadamente, a pesar de que los guardias fronterizos tuvieran orden de disparar contra los “fugitivos”. Por otro, el aumento repentino de las emigraciones masivas que despoblaban las regiones en crisis, demostraba la urgencia de una política de democratización y de reformas económicas.

Desde mediados de los 80, el número de emigrantes que abandona la Unión Soviética no ha dejado de aumentar. Las comunidades de emigrantes más importantes son la judía, que prefiere Israel, Estados Unidos y Francia; la alemana (compuesta en su mayoría por pentecostalistas y menonitas), la armenia y la griega. Recientemente, se hizo pública la normatividad de una nueva Ley destinada a regular las salidas y entradas en la Unión Soviética. Según ella, cada candidato a salir al extranjero obtendrá un pasaporte y con un visado en regla para el país de su elección, le será suficiente para abandonar la URSS.

En lo que se refiere a Polonia, se ha comprobado que el éxodo se ha convertido en un arma esencial para combatir la crisis. En 1989, la Embajada de Alemania Federal en Varsovia concedió más de 700 mil visados a turistas polacos, aunque solamente otorgó 10,500 permisos de trabajo (por lo general para la época de la vendimia). Según los cálculos del Ministerio de Trabajo Polaco, en la RFA trabajan ilegalmente entre 600 mil y un millón de polacos, de los cuales algunos consiguieron el título de “alemán de origen”, otros entraron pidiendo asilo y otros más gracias al proceso de reunificación de familias separadas.

Por otra parte, entre 1961 y 1989, cerca de 700 mil ilegales “repatriados” y “prisioneros liberados” pasaron de la RDA a Alemania Federal por medio del pago de divisas. El número de inmigrantes de “origen alemán” procedentes de otros países del Este nunca ha sido inferior a 20 mil al año. Las ayudas generosas, la integración, el sistema de distribución equitativa de empleos y la compensación financiera por la pérdida del status social y económico de estos inmigrantes, permitieron asimilar rápidamente a los recién llegados.

Ello es válido para los años 70 y principios de los 80, antes de que aumentara el número de personas con problemas a nivel lingüístico y cultural entre los inmigrantes. Hasta hace poco, su integración social no se había considerado un problema político.

De los cerca de 700 mil alemanes y personas de “origen alemán” que llegaron en 1989 para establecerse en Alemania Occidental, 344 mil provenían de la RDA. Entre enero y finales de mayo de 1990, el número de ciudadanos que había emigrado de la República Democrática Alemana se elevaba ya a 174 mil.

Con la integración de ambos Estados alemanes en una sola entidad política, materializada el 3 de octubre de 1990, se han modificado también las condiciones fundamentales del fenómeno. Sin embargo, desde entonces no hay ninguna estadística sobre el número de emigrantes procedentes de la antigua RDA. No obstante, cabe pensar que las diferencias en el nivel salarial empujarán a miles de personas a instalarse en la parte occidental de Alemania.

Mientras tanto, se ha decidido que los cerca de cinco millones de repatriados procedentes de la RDA obtendrán el status de emigrantes del interior. Sin embargo, ello no excluye que se presenten problemas de adaptación cultural, social e incluso lingüística.

La integración de la población y de la estructura económica de la antigua RDA en el sistema político y social de Alemania Federal, se enfrenta con el reto de hacer resurgir rápidamente la industria al este del Elba. Si bien a principios de 1990 las predicciones se basaban en un nuevo “milagro alemán”, por una posible recuperación acelerada de la economía, las hipótesis actuales son más pesimistas.

La emigración hacia Occidente priva a los nuevos *Länder* o Estados federados, de trabajadores y empleados calificados. Aparentemente, el este del Elba se convertirá en una región agrícola e incluso se habla de un *mezzogiorno* alemán. La elección de Berlín como sede de gobierno y la creación de centros de alta tecnología en la metrópolis, podrían impedir que el territorio de la antigua RDA se convirtiera en una “zona de recreo desindustrializada” para los alemanes occidentales.

Efectos de la crisis del Golfo Pérsico

Asia y África han sido, sobre todo desde la segunda guerra mundial, tierras de emigración a otros continentes. Pero al mismo tiempo, la nueva prosperidad en determinadas zonas del Extremo Oriente y de Oriente Próximo atrae hoy poderosos flujos migratorios interiores, que se dirigen tanto hacia el Golfo como a países de reciente industrialización como Singapur y Hong Kong.

Japón, celoso de su nacionalidad, se muestra sumamente hermético al inmigrante. Oriente Próximo también ha registrado una fuerte emigración palestina hacia el mundo desarrollado, e Israel acoge al inmigrante judío sin distinción de origen, aunque el flujo mayoritario procede hoy en día de la Unión Soviética. Finalmente, África registra el fenómeno masivo de los desplazados por catástrofes naturales o por las guerras internas; incluso, se podría llegar a afirmar que en el continente negro no se emigra, se huye de una condena: el hambre.

El costo humano de la crisis en el Golfo Pérsico fue terriblemente elevado y, al parecer, son una vez más los civiles los que han pagado el precio más alto. Es aún prematuro hacer un balance de las repercusiones demográficas de los sucesos que sacudieron la región, después de la anexión de Kuwait por Irak, el 2 de agosto de 1990, la respuesta militar aliada en enero de 1991, y la instalación de los refugiados kurdos en campos situados en Irak y en la vecina Turquía.

Sin duda, los primeros afectados fueron los kuwaitíes; 450 mil se refugiaron y buscaron ayuda en Arabia Saudita, y algunos huyeron hasta las orillas del Mar Rojo. Varios miles de personas han regresado al territorio liberado, por acuerdo de las autoridades kuwaitíes, pero otras miles que fueron llevadas a la fuerza a Irak, no han vuelto de su exilio.

De igual manera, la crisis afectó a los extranjeros que trabajaban en la región. En vísperas de la invasión, había cerca de 1.1 millones de extranjeros en Kuwait: casi 3/4 partes de la población, procedentes en partes casi iguales de pueblos árabes establecidos en muchos casos desde 1950-1960 (300 mil palestinos y 200 mil egipcios), y asiáticos que llegaron durante los años 80 (180 mil indios, 90 mil de Sri Lanka, 80 mil de Bangladesh y otros tantos de Pakistán). Asimismo, se estima que en Irak había aproximadamente 1.6 millones de extranjeros, la gran mayoría egipcios (1 millón 200 mil) y palestinos (170 mil).

El futuro de las migraciones hacia el Golfo Pérsico por motivos de trabajo sigue siendo muy inseguro, debido a la actual desorganización en Kuwait, a la catástrofe ecológica, que quizá nunca se restablezca, y a la situación política y económica de Irak. Esta posibilidad de emigrar es aún más difícil para los súbditos de los Estados árabes que han apoyado a Sadam Hussein. Es probable que las petromonarquías hagan pagar un alto precio por ello a Líbano, Jordania, Yemen y Sudán. De igual manera, el éxodo de los kurdos, perdidos entre las hostiles zonas fronterizas, es la terrible expresión de las minorías oprimidas y de los pueblos sin territorio olvidados por la historia.

Si no se llegan a solucionar en forma viable los problemas en Oriente Medio, en el Cáucaso o en la Europa Balcánica, continuará aumentando el desarraigo de millones de personas bajo la forma de migraciones clandestinas, en búsqueda de la esperanza o del mito de un país que les brinde protección y abrigo.

Japón frente a la ola migratoria

Hasta hace poco y a pesar de su poder económico, Japón se había quedado al margen del movimiento migratorio asiático, recibiendo actualmente sólo entre 150 y 200 mil personas, incluidas las que se estima ingresan por vía clandestina.

Desde el final de la segunda guerra mundial, incluso durante el periodo de gran expansión económica, Japón sostuvo una política firme acorde con el pleno empleo y respecto al cierre casi hermético del mercado de trabajo nacional.

No fue sino a partir de la segunda mitad de los años 80 que la situación empezó a cambiar. El alza de la divisa japonesa, el yen, permitió atraer a un número significativo de emigrantes, que tenían cada vez más dificultades para encontrar trabajo en Oriente Próximo, donde el deterioro económico empezó a notarse con la caída del precio del petróleo.

Además, la crisis del Golfo Pérsico obligó a 1.5 millones de emigrantes a regresar a su país y representó, así, una presión migratoria más sobre Japón.

A esta lista de factores cabría añadir la presión latente ejercida por la República Popular China, cuya enorme reserva de mano de obra sigue bajo el control del gobierno de Pekín, que procura protegerse de las consecuencias políticas de una liberalización migratoria.

En este contexto internacional, el gobierno japonés revisó, en diciembre de 1989, la Ley sobre el control de la inmigración y el reconocimiento de los refugiados, que entró en vigor en junio de 1990. Esta Ley marca un giro en la historia de la política migratoria de Japón, en el sentido de ser una de las primeras tentativas para abrir el mercado de trabajo a la inmigración. Con ella se pretende adaptar la estructura burocrática a la posibilidad de una inmigración masiva, aclarando los criterios de obtención del permiso de residencia, hasta ahora poco conocidos por el público, y simplificando el procedimiento para solicitar dicho permiso.

La atracción del “sueño americano”

Si existe un continente que ha representado el símbolo del viaje en busca de un mundo mejor, es en todo caso América, a la vez anglosajona y latina.

En las últimas décadas, el acceso al gran mercado del Norte se ha visto sometido a una mayor regulación, al tiempo que las repúblicas latinoamericanas se han convertido en países de emigración por excelencia hacia su vecino norteamericano. El número de inmigrantes legales en Estados Unidos ha experimentado un crecimiento continuo desde la segunda guerra mundial, tras un periodo de inmigración más lenta a principios de los años 20, debido a la política restrictiva, a la depresión económica y a la guerra.

Desde 1960, los movimientos migratorios hacia Estados Unidos han conocido tres fases principales, relacionadas sobre todo con su número y la evolución de su composición étnica, así como con el incremento de la inmigración

clandestina. A mediados de los 60, se produjeron dos importantes cambios en la política del gobierno de Washington: por un lado, la conclusión del programa "Bracero" que permitió durante años el empleo estacional y la emigración temporal de cientos de miles de agricultores mexicanos a Estados Unidos; por otro, la aprobación del Acta para la Reforma de la Inmigración (IRCA), que establecía por primera vez la inmigración legal a gran escala, en un principio procedente del hemisferio occidental (incluyendo México, el Caribe y América Latina), y más tarde de Asia.

En 1989, Estados Unidos concedió el permiso de residencia a más de 600 mil personas. Después de calcular el índice de emigración y la llegada de refugiados (130 mil) y de inmigrantes ilegales (200 mil), la inmigración en su conjunto representó más de un tercio del crecimiento de la población del país. Además, el aumento en el número de inmigrantes ha ido acompañado de un cambio en la composición étnica; ya no predominan los europeos, sino los latinoamericanos y asiáticos.

Desde que se dio por terminado el programa "Bracero" en 1965, el volumen de inmigrantes ilegales ha aumentado significativamente. Se calcula que en 1980 residían en Estados Unidos entre dos y cuatro millones de inmigrantes sin documentación en regla, y que ingresan al año entre 200 y 300 mil personas más.

La piedra angular del IRCA es una disposición que castiga a los empresarios que contratan a inmigrantes sin documentación. La ley contempla castigos de orden civil y penal para la violación de dicha disposición. Teniendo en cuenta que muchos inmigrantes ilegales ya habían establecido raíces en el país, el IRCA concedía la amnistía a todos aquellos inmigrantes que llevaran residiendo en el país de forma permanente desde 1982 (Programa pre-1982). Dicha amnistía se extendió a aquellos que hubieran trabajado en faenas agrícolas durante un periodo de 90 días, entre mayo de 1985 y mayo de 1986, a fin de contrarrestar los desequilibrios del mercado de trabajo en el campo (Programa SAW).

Las amnistías del IRCA resultaron ser las más amplias jamás aplicadas en la historia mundial de la emigración, con más de 3 millones de solicitudes presentadas a finales de 1988, de las cuales un millón 700 mil se acogieron al Programa anterior a 1982 y un millón 300 mil al Programa SAW. Finalmente, el éxito de la política de amnistía y las medidas encaminadas a reducir tanto la inmigración como la población ilegales, propiciaron un clima favorable a la inmigración legal.

Impulsado por el temor de los empresarios ante una posible escasez de mano de obra calificada en la próxima década, el Congreso de Estados Unidos aumentó el número de entradas anuales de inmigrantes de 500 mil a un mínimo

de 700 mil entre 1992 y el año 2000. Los refugiados y exiliados no están incluidos en esta provisión, pero se prevé que representarán entre 100 y 200 mil entradas al año.

La cuestión de la integración de los inmigrantes en la sociedad norteamericana desempeñará un papel de importancia creciente en la política del gobierno de Washington y, por lo tanto, es probable que lo realice también en la escena internacional. Al otorgar Estados Unidos vía libre a un mayor número de inmigrantes, una de sus preocupaciones será que la comunidad internacional siga compartiendo la responsabilidad de admitir a asilados y refugiados.

Las fronteras de México

México es un país que por su situación geográfica se encuentra en la encrucijada de los movimientos migratorios de América Latina. No sólo su frontera norte se convierte en paso obligado y clandestino para quienes buscan resolver sus problemas domésticos en un mundo mejor, en un país atractivo y próspero como Estados Unidos, sino que México también sufre una fuerte presión en su frontera sur de esa masa migratoria proveniente de países pobres de Centroamérica, en su mayoría arrasados por años de guerras civiles, que intenta ilegalmente alcanzar el viejo sueño de "El Dorado".

En México confluyen los que vienen del Sur y los que desde el interior quieren alcanzar los Estados sureños norteamericanos, con excepciones como la de los emigrantes ilegales guatemaltecos, que buscan puestos de trabajo de temporada en las plantaciones plataneras del estado de Chiapas o aquellos otros que creen encontrar en territorio mexicano esa supuesta calidad de vida que no existe en sus países de origen.

Más que un problema laboral, la migración se convierte a veces en drama. Para unos ha sido uno de los vehículos de la reciente extensión del cólera en el continente y para otros es objeto de las más severas violaciones de los derechos humanos que se conocen en el continente.

De 1964 a 1980, la emigración de trabajadores mexicanos hacia Estados Unidos fue básicamente de tipo indocumentado. En general, varones de edades comprendidas entre los 15 y 45 años, con niveles de escolaridad bajos y procedencia rural, que se desplazaban a ese país para emplearse en trabajos manuales con objeto de repatriar sus ingresos, casi en su totalidad, para el consumo familiar. Pero a partir de 1980, el flujo migratorio ha cambiado y se ha vuelto más heterogéneo. Ha aparecido la figura del intermediario, prolifera la falsificación de documentos y visados turísticos y se da mayor participación femenina.

El flujo migratorio que recibe Estados Unidos ha sido objeto de fuertes tensiones con sus vecinos del Sur, especialmente México. En los últimos años, el gobierno de Washington ha hecho correcciones a las leyes de migración y empleo, como la amnistía que permitió la legalización de más de 1.5 millones de trabajadores clandestinos en 1988. Pero las leyes se han tornado también más restrictivas, porque en la opinión pública norteamericana se ha extendido la percepción de que el país ha perdido sus fronteras.

Hoy, México y Estados Unidos negocian la firma de un tratado de libre comercio mediante el cual se pretende, entre otras cuestiones, fomentar inversiones en el norte del territorio mexicano para detener la avalancha migratoria. Pese a ello, cabría reconocer que el fenómeno migratorio no ha sido hasta ahora solamente negativo para ambos lados de la frontera. Si los empresarios norteamericanos se han beneficiado de una mano de obra barata, México ha tenido a cambio una permanente y constante fuente de entrada de divisas a través de sus emigrantes.

No obstante, la naturaleza de la migración en la frontera México-Estados Unidos no se reduce sólo a ello. La problemática es mucho más compleja y engloba elementos que trascienden el ámbito económico para situarse en las esferas de las relaciones interculturales y de la cooperación política.

Hemerografía y referencias estadísticas:

* Periódicos alemanes *Die Welt* y *General-Anzeiger de Bonn*.

* Periódicos españoles *ABC* y *El País*.

* Suplemento "Temas de Nuestra Época" del diario español *El País*:

—Aristide Zolberg. Profesor de la New School for Social Research de Nueva York.

—Mirjana Morokvasic. Profesora de la Universidad de Belgrado, Yugoslavia.

—Felice Benetto. Profesor de la Universidad de Lovaina, Bélgica.

—Jochem Blashke. Director del Berliner Institut für Vergleichende Sozialwissenschaft.

—Philippe Farges. Director de Investigación en el Instituto Nacional de Estudios Demográficos de París, Francia.

—Antonio Golini. Profesor del Instituto Nacional de Estudios Demográficos de París, Francia.

—George Vernez. Director del Programa de Educación y Recursos Humanos de la Rand Corporation en Santa Monica, EUA.

—Gildas Simon. Profesor en la Universidad de Poitiers, Francia.

—Ruri Ito. Profesor en la Universidad Meiji Gakuin de Tokio, Japón.

—Rene Lemarchandf. Profesor de la Universidad de Florida, EUA.

—Juan Manuel Zafra. *El País, Madrid, España*.
